

Insertos en un contexto

Doméstícame –o si preferís, *déjame entrar en tu casa*– le dijo suplicante el zorro al Principito, después de que el propio zorro le hubiese revelado la *clave secreta para acceder a la casa ajena o para permitir el acceso a la propia*, le hubiese compartido, en definitiva, el *secreto de la inserción social* y de la consecuente *contextualización de los propios sentimientos*.

Le había hablado el zorro de crear *lazos afectivos*, de articular *cordiales liturgias* y *pacientes* –y para nada monótonos– *rituales* que facilitan y hacen *anhelar* incluso el *mutuo encuentro* y aportan así ese *verdadero conocimiento* de la realidad personal y social que sólo se adquiere por *vía del corazón*, pues *lo esencial es invisible a los ojos*.

Y poco a poco –y con *gran paciencia*– el zorro fue *humanizando* al Principito.

Sí, *humanizándolo*, porque, si os detenéis por un momento a reflexionar conmigo ese *gran poema pedagógico* que tiene como protagonista –junto al *zorro*– al *pequeño Príncipe*, concluiréis que éste, a pesar de ser perspicaz, intuitivo e inteligentemente despierto, no había crecido como persona, era un *analfabeto emocional*.

Y la *humanización* del Principito estuvo íntimamente ligada a la *contextualización de su vida afectiva*. Hasta haber experimentado este proceso, era él, un ser engreído, encerrado en sí mismo, *dogmático* en sus apreciaciones y para nada *dialogante* de verdad con el entorno. Un entorno en el que había una *rosa* que le quería “con locura”, pero cuyo amor no lograba *percibir*, ni, en consecuencia, *apreciar* y *valorar*. La consideraba una *engreída* –cuando el engreído era él– y la despreciaba, comparándola con un millón de rosas existentes en otros lugares.

Fruto del *proceso de humanización* –proceso *relacional* y *dialogante* con los otros y sus sentimientos; proceso, en definitiva *contextualizante*, en el que el *yo* abandona su *aislamiento* y *encerramiento* autocomplaciente y dogmático, y se va convirtiendo en un *nosotros* encarnado en un contexto familiar, social e incluso ambiental y ecológico– el *Pequeño Príncipe* fue apreciando que aquella *rosa*, que un día había infravalorado, era *única*, era “*su*” *rosa*, la que él había cuidado y la que, desde siempre, le había querido a él como era, a pesar de que el modo de ser del Principito era, al inicio de su idilio con él, un tanto desagradable y egocéntrico.

Yo soy yo y mis circunstancias –decía Ortega y Gaset– o, dicho de otra forma: *yo soy* –*existo* y *mi vida tiene un sentido positivo y gratificante*– en la medida que entro y me mantengo en relación y diálogo con mi contexto vital.

Y hasta aquí la alegoría de cuán trascendente y vital es para cada uno de nosotros el vivir, movernos y existir *insertos en un contexto*.

Y desde aquí, se inicia la reflexión de cuán importante, trascendente y vital es también para las *Ciencias* –y de modo particular, si cabe, de aquéllas consideradas por su naturaleza, más *humanistas*, como pueden ser la *Filosofía* y la *Teología*– el profundizarlas debidamente *contextualizadas*.

• ¿Podemos imaginar hoy en día una *Filosofía* que se quede en *puras teorías* y no sea capaz de acabar iluminando el caminar de los hombres y mujeres, de la sociedad concreta y de la naturaleza misma del contorno en que se hace presente?

• ¿Es comprensible una *Teología* encerrada en sus *dogmas* y en *normativas morales* surgidas en contextos que nada tienen que ver, a veces, con las situaciones concretas del hombre y de la mujer de hoy, contemplados –tanto ellos como ellas– en sus distintos, y en ocasiones muy diferentes contextos culturales y sociales?

Permitidme, pues, que, a partir de este momento, intente responder a esos interrogantes, centrándome de forma especial en la realidad teológica.

Contextualización del pasado y del presente

Y lo primero que quiero subrayar al respecto es que, en la cuestión teológica, la *contextualización* no puede ser sólo una *categoría del presente*, sino que debe comenzar, de alguna manera, a serlo también del *pasado*.

Por ejemplo –y refiriéndome al *pasado*– habría que discernir en la propia *Biblia* qué contenidos pertenecen al ámbito del *depósito de la fe* y cuáles son simples *revestimientos* de la cultura del momento en que se elaboró el texto.

Finalizado el Vaticano II, se empezó a realizar una cierta revisión en este sentido, centrada especialmente en los *Salmos* empleados en la *Liturgia de las Horas* y, dentro de esta *dinámica revisionista*, el *Salmo 136* vio recortados la proclamación de sus versos 8 y 9, que alardeaban de estos sentimientos tan poco cristianos y humanos, a la vez:

– *Capital de Babilona, criminal* –expresan estos dos versículos– *¿quién pudiera agarrar y estrellar tus niños contra las peñas?*

Por desgracia este *revisionismo* se quedó decididamente corto y quedó silenciado –como gran parte del mensaje y de la sensibilidad conciliar– tempranamente.

Y, a mi modo de entender, este *revisionismo* de los *textos bíblicos*, inmerso en una necesaria *contextualización histórica*, continúa siendo una *lacerante asignatura pendiente* que es urgente abordar, si no se quiere propiciar que muchas personas, sensibilizadas con temas que nuestra actual civilización ha puesto “a flor de piel”, acaben rechazando la *autenticidad del mensaje*, cegado éste por un revestimiento cultural actualmente lacerante.

Me refiero en concreto –y sirva esto como mero y minúsculo ejemplo– a lo que se dice en *Efesios 5, 22-24* y que se repite, de alguna manera en *Colosenses, 3, 18*, en *1Corintios 11, 3* y hasta en *1Pedro 3, 1-7*:

– *Las mujeres* –se lee en *Efesios*– *sean sumisas a sus maridos, como el Señor, porque el marido es cabeza de la mujer... Así como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben de estarlo a sus maridos en todo.*

En el contexto cultural en que San Pablo estableció este paralelismo entre el *Cuerpo Místico de Cristo* y la *vida matrimonial*, la comparación podría considerarse

aceptable, pero en la actualidad repugna al oído y más que favorecer la comprensión del mensaje, lo pervierte.

Y lo que se acaba de decir de *Efesios* podría decirse de otros textos que denigran a la *mujer*, aunque sea con sutileza como en Génesis 3, donde ésta –siguiendo una tendencia cultural muy extendida entonces por el Oriente, aunque no exclusiva, por desgracia, de esta zona– presenta a la mujer, como causa y origen del pecado, de *todo mal*.

Esta *Contextualización del pasado*, sin embargo, no se circunscribe sólo al *tema femenino*, sino que abarca otros muchos, expresados en los textos bíblicos con una sensibilidad que puede herir la misma *sensibilidad cristiana* alimentada desde la ética y la estética de los valores proclamados en ese “*Arcoiris del Amor*”, que son las *Bienaventuranzas*.

Dicho lo anterior –a modo de sugerencia–, quiero centrarme ya en la *contextualización del presente*, que es el objetivo principal de esta reflexión.

Condiciones previas para una cabal contextualización

Pero antes de entrar de lleno en este tema, quiero detenerme en exponer *tres condiciones previas* que considero imprescindibles a la hora de emprender hoy una verdadera *contextualización teológica*.

- La primera de ellas es la *humildad*. Una humildad que contribuya eficazmente a reconocer que, aunque, como seguidores del mensaje evangélico, perseguimos ser *perfectos en el amor* –es decir, crecer cada día en el amor, a la luz de los valores expresados en las Bienaventuranzas–, no acabamos de superar del todo “*sombras de egoísmo*” que perviven en nosotros. Esta *humildad* es, en definitiva, la conciencia de que la perfección del amor es la utopía hacia la que caminamos, y de que, como tal *utopía*, aunque cada día nos estimula a la *superación y optimización del propio ser*, no lo alcanzamos nunca del todo.

La *falta de humildad* ha sido –a mi entender– la raíz primera y fundamental de toda corrupción eclesial, y más en concreto aún del gran problema suscitado en torno a la *pederastia*, pues, en el fondo este problema y sus consecuencias no radica tan sólo en el hecho de que algunos de los miembros del clero fueran pecadores –que lo fueron y mucho–, sino también en el hecho de que esa triste y dramática realidad se intentó ocultar, por parte de la *iglesia oficial* para mantener una *aureola de perfección* que era pura *hipocresía* y que hace recordar la condena de *sepulcros blanqueados* expresada por el propio Cristo.

- La segunda condición imprescindible es la *sensibilidad* necesaria para percibir la realidad del *entorno* –familiar, social, ecológico–. Para ello es necesario dejar –a nivel personal y como comunidad eclesial– la creencia de ser el *ombligo del mundo*. Es éste el hándicap que acompañó al Principito hasta que aprendió a *relacionarse* con los demás, descubriéndose así como un ser *contextualizado*, que sólo desde su *contexto vital* encontraba verdadero sentido a su propia existencia.

Y es ésta también la dificultad con que se topó el *legista* –un *reglitas* de la ley– que conocía muy bien la teoría del *precepto del amor*, pero no había aprendido la práctica, pues pretendía *amar al otro* desde un *yo autosuficiente* y encerrado en su *mismidad* y no había descubierto aún que sólo se puede amar desde el “tú” del otro y entrando en diálogo afectivo y efectivo con él. Pretendía un amor *descontextualizado* del entorno y tuvo necesidad de que el propio Cristo le enseñase, mediante una parábola –la del *Buen Samaritano* de Lucas 10, 25-37– que sólo en una relación con los demás, que implica, al unísono, *éxodo* de sí mismo y *aventura* al encuentro de los demás, se puede descubrir el verdadero secreto del amor. Porque, si nos fijamos bien, lo más importante de esta parábola –más allá del precioso mensaje que nos dejan los distintos personajes que en ella aparecen y que el papa Francisco recoge en los números 56 al 86 de *Fratelli Tutti*– es la *vuelta de tortilla* –de perspectiva– que ofrece con ella al legista que le había acabado preguntando: *¿Quién es mi prójimo?* Y al que, como final ya del relato, el propio Cristo le hace esta otra pregunta: *¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?*, queriendo significar con ello que, hablando en cristiano, la pregunta no debe ser: *¿quién es mi prójimo?*, sino *¿cuándo yo soy prójimo del otro?*

- Y una tercera condición que considero imprescindible a la hora de emprender una contextualización teológica es la de *renunciar a los dogmatismos*. Una condición que guarda estrechas relaciones con las dos apuntadas anteriormente, pero que aporta nuevos e importantes matices de reflexión.

Cuando digo *dogmatismo* no me refiero a los *dogmas* definidos en los primeros siglos de nuestra era cristiana –que buscaron fundamentalmente clarificar nuestra fe acerca del misterio del *Dios Uno y Trino* y la divinidad de Cristo–, sino a una tendencia que se fue acentuando en la Iglesia Católica, a partir, sobre todo, de la Reforma Protestante. Fue aquel un momento propicio para que ambas partes se hubiesen puesto en camino y hubiesen entablado un diálogo en busca de la verdad, pero, en vez de esa línea dialogante, se optó por una ruptura que, en el ámbito católico se tradujo en toda una serie de *anatemias*, de las que se hizo portavoz el *Concilio de Trento* y se llegó a consagrar –como dogma de facto– el *extra Ecclesiam nulla salus*, con el que los católicos nos declarábamos paladines de la verdad, de toda la verdad y nada más que la verdad de la *fe cristiana*.

¡Qué pena! Durante siglos nos encerramos en nosotros mismos y nos empobrecimos hasta límites alarmantes. Nos convertimos en el “ombligo de la fe” –y no sólo de la cristiana, sino de toda fe teológica–, de tal manera que nuestra religión era la *única verdadera*, y todas las demás seguían el *error*. Y así, “*ebrios de verdad*” fuimos incapaces, durante demasiados años, de abrirnos a otros hombres y mujeres de fe, y “petrificamos” de tal modo nuestras creencias que no sólo fuimos incapaces de *contextualizar* –y con ello insertarnos– en las distintas culturas donde trasmitíamos nuestra fe, sino que hicimos de esta transmisión, a veces, una verdadera *colonización*, al creer de que los contenidos de

esta misma fe, solamente podían expresarse de verdad con los revestimientos culturales propios de los misioneros.

Mucho de esto último se superó, de alguna manera, con distintos decretos del Vaticano II, y en especial –en el caso concreto de las misiones– con los decretos *Ad Gentes* y *Unitatis redintegratio*.

Pero, desgraciadamente en su mayoría la doctrina del Vaticano II fue prematuramente silenciada y “enterrada” antes de “llegar a la pubertad” y su luminosa y esperanzadora *Constitución Pastoral Gaudium et Spes* que proclamaba solemnemente en sus inicios que “*el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo los pobres y afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo, pues no hay nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón*”, se quedó, la mayoría de las veces en “agua de borrajas”, es decir, en algo sin verdadera substancia y sabor.

Y es precisamente, intentando retomar, con vigor renovado, ese deseo conciliador, que se habla hoy en día de una *Teología contextualizada*, de una Teología capaz de integrar su *doctrina* en la *realidad cultural y concreta* en que quiere hacerse presente y creíble.

Francisco de Asís y Luis Amigó, modelos de contextualización

Dirigiéndome, como me dirijo a docentes y alumnos de la *Universidad Católica Luis Amigó*, no puede faltar, aunque sea breve, una reflexión sobre las figuras de *Luis Amigó* y de su inspirador *Francisco de Asís*, contempladas ambas desde el prisma de su *labor contextualizadora* en el momento y circunstancias históricas que acompañaron su vida.

- *Francisco de Asís* hizo de su existencia –desde el momento que escuchó la voz del Crucifijo de San Damián que le pidió que *reparara su Iglesia*– una constante actualización –contextualización– del *mensaje evangélico* –seguido “*a la letra*” y sin “*glosas*” dulcificantes– a la cultura y sociedad de su tiempo y entorno. Y tomando como base dicho mensaje evangélico:
 - Supo descubrir en los *pobres*, en los más desprotegidos, en los leprosos el verdadero *rostro de Cristo*, que la Iglesia oficial de su tiempo se empeñaba en ver en los ricos y poderosos,
 - Supo hacer del *servicio* el quicio de toda autoridad, recordando las palabras de Cristo, *quien quiera ser el primero, sea vuestro servidor* y quiso que sus seguidores no se llamasen sólo *menores*, sino que fuesen tales en realidad...
 - E incluso supo descubrir en la *naturaleza toda*, la mano e imagen del Creador, iniciando de alguna manera un movimiento ecológico, frente a quienes *descontextualizando* el mandato del *Génesis* (1, 28) entendieron como *someter y dominar* la tierra (a la *hermana tierra*, como le gustaba decir a él) lo que, a la luz del propio libro del *Génesis* 2, 15 debe interpretarse como un *labrar y cuidar* la tierra (cf. *Laudato Si*, n. 67).

Hasta tal punto logró San Francisco *contextualizar* el mensaje evangélico en medio de aquella *sociedad medieval* en la que le tocó vivir –sociedad regida por la *riqueza*, el *poder* e incluso una creciente *depredación* de la propia naturaleza– que, no sin razón llegó a ser conocida como *alter Christus (otro Cristo)*. Y lo fue, no tanto porque incluso su cuerpo recibió las *llagas* del Crucificado, cuanto porque su actuar estuvo movido en todo momento por los valores que impulsaron la propia actuación de Cristo.

- También *Luis Amigó* fue un modelo en el arte de la *contextualización*. Y en su caso concreto ésta se manifestó primordialmente en la creatividad con que supo ir adaptando el *carisma* que de Dios había recibido para bien de la Iglesia y de la sociedad a las cambiantes circunstancias que tuvo que afrontar.

Y así, si en un primer momento sintió que el Señor le llamaba a atender enfermos, personas necesitadas de cultura y formación y especialmente *encarcelados*, bien pronto, al conocer el problema concreto de niños y jóvenes en situación de vulnerabilidad, supo encaminar hacia ellos su atención primordial, llegando a declarar incluso, en sintonía con sus primeros seguidores:

- “*El apostolado desarrollado entre los jóvenes con problemas me convenció a mí y a los primeros religiosos de que en este ministerio serviríamos mejor al Señor y a su Iglesia –y sin duda con más provecho–, que en los múltiples fines intentados en un principio*¹.”

El mismo *sistema pedagógico* por él iniciado tuvo, desde el principio, una clara tendencia a *contextualizar* la *acción pedagógica*, que lejos de ser entendida como algo universal, válido para todos y cada uno de los jóvenes, fue concebido como algo *individual y personal*, “*hecho a la medida de cada uno de ellos*”.

También la *actuación del educador* fue entendida siempre como una acción que, lejos de reflejar la imagen de un *maestro* que, situado por encima de sus alumnos, enseña conceptos que poco tienen que ver, a veces, con la situación concreta de éstos, mostrase un *acompañante* que sabe adaptarse personalmente a ellos –y adaptar desde ahí las mismas enseñanzas que les imparte– mediante la *diaria y cercana convivencia*.

Y esta enseñanza del fundador a contextualizar su acción pedagógica se ha ido haciendo presente en el devenir histórico de los propios amigonianos, que han sabido ir articulando nuevas estrategias para mejor adaptarse y responder a las distintas situaciones de vulnerabilidad de los jóvenes que ha ido encontrando. Buena prueba de ello han sido, por ejemplo, los programas de tratamiento a las dependencias de los menores –iniciados precisamente aquí en Colombia– y los distintos programas desarrollados hoy en día por la OPAN y la Fundación Amigó que intentan responder a las concretas necesidades de distintos núcleos de población.

Algunos ámbitos generales necesitados de contextualización

¹ Cf. *Estudio Canónico de la Congregación*, en *Pastor Bonus* 42 (1993) p. 60.

Como conclusión ya de esta *lectio*, que empieza a resultar excesivamente larga, quisiera señalar –a la luz del mensaje evangélico– algunos ámbitos que, a mi entender, necesitan urgentemente una *contextualización*.

Evidentemente, me referiré a *ámbitos generales*, –relativos por así decir, a la *Iglesia Universal*–, pues otras muchas *contextualizaciones* –concretas, particulares y propias de lugares determinados– deben ser el resultado de reflexiones –y consecuentes actuaciones– de cada comunidad local, diocesana...

a. *El ámbito jerárquico*

Que la Iglesia es y debe ser jerárquica pertenece, por voluntad expresa del propio Cristo, al *depósito de la fe cristiana*, pero el modo de ejercer dicha jerarquía en la actualidad necesita, sin duda, una renovada contextualización, teniendo presente el mandato de Jesús que claramente expresó: “*Quien quiera ser el primero, sea el último y el servidor de todos*” (Mc. 9, 35 y 10, 43-44). ¿Es esta imagen de servicio la que percibimos que hoy transmite nuestra jerarquía?

Hace casi dos años escribí en mi *Blog* un pequeño artículo titulado *¿Pastores o Jerarcas?*, y, en él, decía entre otras cosas: “El *amor* es el único “merito de guerra” para subir en el escalafón del Reino de los Cielos... Y es precisamente una especial vivencia del servicio amoroso lo que hace del sacerdote y del obispo un verdadero pastor que vive entre su grey, para su grey y se entufa con naturalidad del “olor de su rebaño”... El Vaticano II insistió en que los pastores ejercieran su ministerio como “servicio de amor” (*Christus Dominus*, 16) y dentro de la línea pastoral marcada por el Concilio alcanzaron especial relieve obispos como Helder Cámara o Pedro Casaldáliga, que se distinguieron por su preocupación integral por los más pobres y renunciaron a ostentar signos de poder o de pertenencia a un estatus superior... Posteriormente, sin embargo, se propició, por lo general, la elección de obispos que, desde su conservadurismo, adoptaron de nuevo actitudes de jerarcas y lucieron con orgullo los signos externos de su “dignidad”... El papa Francisco ya desde el inicio de su Pontificado, dejó claro que el ideal del pastor debía ser el de “oler a oveja”... Y para esto, la simbología jerárquica –trajes talarés, pulcrísimos clergymans, ostentosos pectorales y los colorines en las telas– no sólo no ayudan, sino que más bien dificultan la labor... ¿Conseguirá el papa Francisco mínimamente su ideal de que el clero, comenzando por su cúspide, sea signo y sacramento de *cercanía*, de *sencillez*, de *humildad*, de *compromiso*, de *servicio misericordioso hecho acción cotidiana*?”.

b. *Apertura a nuevas sensibilidades*

La sociedad mundial en general, y con ella la cultura humana está experimentando cambios cada vez más vertiginosos y despertando con ellos nuevas y positivas sensibilidades que favorecen el *respeto* y *aprecio* de grupos de personas que, por sus opciones personales, estaban sufriendo las marginaciones e incluso persecuciones que, en otro tiempo, sufrieron los *leprosos*, los *portadores del sida*,... Y

estos cambios de paradigmas sociales y éticos a la vez, hace necesaria una apertura de la Iglesia a esas nuevas sensibilidades suscitando hacia ellas al menos un debido respeto y, en algún caso concreto, como puede ser la *dignificación de la mujer dentro de la Iglesia*, una acogida afectiva y efectiva de los avances que se van produciendo en la sociedad en pro de la debida y justa equiparación entre la mujer y el hombre. Y esta afectiva y efectiva acogida de la mujer en el plano eclesial debe encaminarse, entre otras cosas, al pronto reconocimiento incluso del *sacerdocio femenino*. A este respecto escribí también en mi *Blog* otro pequeño artículo, titulado *A punto de perder el tren*, en el que –hace ya casi dos años– decía: “Con la llegada del papa Francisco se ha retomado, en parte el *diálogo entre la fe y la cultura* propuesto por el Vaticano II y que fue tempranamente acallado. Y un diálogo urgente es el de establecer la debida igualdad de derechos y oportunidades de la mujer y el hombre en el ámbito eclesial... En la tesitura social en la que actualmente nos encontramos, la Iglesia Católica, debería abordar con decisión dicha igualdad como han hecho ya otras confesiones cristianas... No sería de extrañar que, dentro de algún tiempo, las religiones que continúen manteniendo estructuras en las que las mujeres no tengan un rol de protagonistas al mismo nivel que los hombres, serán declaradas “inconstitucionales” en países en los que la igualdad de la mujer y el varón ha sido reconocida ya solemnemente en el contexto mismo de sus Constituciones nacionales”.

Y algo similar se podría decir del rol de los seglares en general dentro del entramado eclesial, actualmente clericalizado de facto.

Otros temas como el *celibato opcional*, podrían tener también cabida en este apartado de *apertura a nuevas sensibilidades*.

- c. *Revisión de la doctrina moral* es el tercer y último ámbito a mi entender necesitado de una nueva contextualización que voy a abordar –a modo de simple ejemplo y sin ánimo, ni mucho menos de ser exhaustivo– en la parte final ya de esta *lectio*.

La moral cristiana clásica se fue centrando cada vez más –al menos a nivel popular– en la *moral sexual*, llegando a hacer del *sexto mandamiento* –o si queréis *sexo mandamiento*– una especie de “cajón de sastre” en la que cabía de todo, cuando en su *formulación bíblica* tan sólo se refería a *no cometer adulterio* (Mt. 19, 18).

Cristo, en el evangelio no se detuvo a hablar de sexo y sin embargo, sus seguidores convertimos este en el *precepto estrella* que acabó deslumbrando y empequeñeciendo a los otros.

Es urgente fortalecer una moral que dé la debida prioridad a las relaciones familiares y sociales, a las justas retribuciones laborales, al respeto a la ecología, a la primordial preocupación por pobres, enfermos, marginados, al sagrado respeto a la vida, etc...

Llegando ya al final

Y ya para finalizar, nos podríamos hacer esta pregunta para abrir una reflexión encaminada a la contextualización de la teología en nuestro propio entorno: ¿Quiénes son en él, los fariseos, los publicanos, los pobres, los leprosos... Cómo podemos acercarnos un mensaje evangélico verdaderamente salvado y liberador que no se reduzca al “más allá”, sino que empiece a ser real ya en el “más acá”?

Una última reflexión

El 25 de enero de 1959, el papa Juan XXIII en el anuncio oficial que hizo ese día del Concilio, dijo algo que repetiría en otras ocasiones: *Abramos las ventanas de la Iglesia para que podamos ver hacia fuera.*

Hoy en día cabría decir: *Abramos de par en par las puertas de la Iglesia para que todos – clero y laicos o laicos y clero– podamos contemplar lo que sucede en su interior y hagamos de la transparencia una de las virtudes más características.*

EPLA, 20 de noviembre de 2020

Juan Antonio Vives Aguilera